«SOLIDARIDAD Y DERECHO AL MEDIO AMBIENTE»

JUAN SEBASTIÁN MONTORO CARRASCO*

SUMARIO: I. *Introducción.*—II. *La solidaridad como fundamento de un nuevo derecho fundamental: El derecho al medio ambiente.*—III. *Estudio evolutivo del concepto de solidaridad.*—IV. *El peligro de incluir el derecho al medio ambiente en el campo de los derechos fundamentales desde el principio que supuestamente le informa.*—V. *Conclusiones.*

I. INTRODUCCIÓN

La problemática medioambiental que acontece hoy en día preocupa, sin duda alguna, a la gran mayoría de los países desarrollados, y su trascendencia ha derivado en que desde todos los campos del saber se intenten aportar soluciones. En un principio se comenzó a tratar el problema solamente desde la perspectiva de las denominadas ciencias naturales, para posteriormente actuar también desde disciplinas pertenecientes a las ciencias humanas. Estas últimas no se han inmiscuido en el dilema ecológico, hasta que el deterioro de nuestro entorno ha afectado de tal modo al ser humano, que éste se ha visto en la necesidad de

* Docotrando en Filosofía Jurídica. UNED.

intentar regular y frenar todas aquellas acciones que son dañinas para el propio hombre, pues el desequilibrio que se produce repercute, tanto en sus elementos biológicos como en los aspectos puramente sociales, afectando a éste en su conjunto como ser biológico y racional.

Parte de esta tarea ha sido asumida por el Derecho, como mediador en los conflictos surgidos entre los miembros de la sociedad, y mediante los mecanismos que le son propios intenta que la intervención de los individuos sobre el medio que les rodea no tenga consecuencias de irreparable solución, aunque la relativa juventud de esta temática hace que el Derecho singular que intenta regular esta materia tenga grandes lagunas.

Pero estos intentos no ofrecen una perspectiva muy halagüeña, pues en la actualidad falta una conciencia política y social lo suficientemente importante como para que el Derecho pueda actuar en este campo con la efectividad que se requiere. La falta de conciencia, como siempre, es debida a los egoísmos que caracterizan a nuestra especie, por lo que se hace necesaria algún tipo de intervención para tutelar unos bienes que no sólo pertenecen a los actuales pobladores del planeta, sino también a las generaciones futuras, amén de posiciones más altruistas que consideran este derecho extensivo al resto de seres vivos que habitan la Tierra. Sin embargo, hay que señalar un hecho positivo y es que la impunidad con la que continuamente se ataca al medio ambiente cada vez es más perseguida, gracias, entre otras cosas, a que el Derecho es progresivamente más claro y concreto a la hora de regular estas acciones dañinas; sin embargo, este tipo de protección parece mostrarse insuficiente.

Los problemas se multiplican, y ya no consiste solamente en la falta de conciencia universal, ni que se trate de un tema interdisciplinar, sino que dentro del propio Derecho existen numerosas divergencias a la hora de plantear soluciones y métodos apropiados. Uno de estos planteamientos, que pretende aportar una solución que aminore el deterioro que actualmente sufre nuestra ecosfera, se refiere a la posibilidad de que el derecho a un medio ambiente sano sea catalogado como derecho fundamental. Para quienes defienden esta posibilidad, el ser tipificado como un derecho de orden supremo sería una vía válida y deseable en aras de conseguir un planeta más habitable por medio de esta positivación.

Actualmente se encuentra en pleno auge una corriente doctrinal¹ que versa sobre el nacimiento de los nuevos derechos humanos, a los cuales se les denomina también derechos de solidaridad debido a que sólo se pueden realizar por el esfuerzo unido de toda la sociedad. Para esta doctrina, el derecho a un medio ambiente decente constituye uno de los nuevos derechos fundamentales que surge como consecuencia de la situación que se produce por el desarrollo de la sociedad industrial. Esta concepción, sin duda, participa de la convicción de que la ampliación del ámbito de los derechos fundamentales depende de las exigencias de la evolución humana en cada momento histórico.

Pero, ¿es suficiente título para ampliar la lista de derechos humanos, el creer firmemente en que una determinada exigencia humana constituye un derecho fundamental? Sin duda habrá un amplio abanico de opiniones al respecto, pero todas ellas deberán estar fundadas. El aceptar el derecho al medio ambiente como un nuevo derecho fundamental dependerá en gran medida de la noción que se tenga acerca de su fundamentación.

Pero, independientemente de las opiniones que se tengan al respecto, lo que aquí interesa son aquellas tesis que admiten el nacimiento de una nueva generación de derechos humanos y en concreto la inclusión en este campo del derecho a un medio ambiente sano y adecuado. Acotando aún más el discurso, lo que singularmente interesa en este artículo es el principio que parece informar a este supuesto nuevo derecho fundamental: *la solidaridad*. Dada la unanimidad, por parte de la doctrina favorable a la inclusión del derecho al medio ambiente como un nuevo derecho fundamental, en atribuir como principio informador la solidaridad, habrá que analizar dicho principio y, por tanto, determinar si es el más adecuado para sustentar su fundamentación.

Por último, nos corresponderá exponer los motivos que nos hacen disentir o aceptar las teorías que atribuyen dicho principio como fundamento del derecho al medio ambiente.

¹ PECES-BARBA, G., *Derechos Fundamentales*, Madrid: Sección de publicaciones de la facultad de Derecho de la Universidad Complutense, 1983, 4.^a ed., p. 105.

II. LA SOLIDARIDAD COMO FUNDAMENTO DE UN NUEVO DERECHO FUNDAMENTAL: EL DERECHO AL MEDIO AMBIENTE

La posibilidad del nacimiento de una nueva categoría de derechos humanos, tiene su origen científico en la clasificación que hace de los mismo Karel Vasak², la cual recoge nuevos derechos que son fruto, según su opinión, de la solidaridad. Uno de éstos es el derecho al medio ambiente.

Pero desde que hace apenas unas décadas se plantease por primera vez el nacimiento de una nueva generación de derechos humanos, no han dejado de surgir numerosas voces³ que apoyan, explícita o implícitamente, dicha posibilidad, naciendo de este modo una doctrina que posee unos rasgos característicos y novedosos. Sin duda de todas las señas de identidad que caracteriza a esta corriente, la más singular es el principio que fundamenta a estos nuevos derechos: *La solidaridad*. La unanimidad en este aspecto es casi absoluta, y parece ser que a dicho principio se le califica como el motor generador que sustenta los derechos llamados de la tercera generación.

El valor que los informa sería, pues, *la solidaridad*; sin embargo, no todas las definiciones que se ofrecen a propósito del término solidaridad son conceptualmente iguales, circunstancia que contrasta con la unanimidad acerca de otorgar al vocablo indicado, con independencia de su definición, el imperio sobre el fundamento de los derechos de la tercera generación, y por ende del derecho al medio ambiente.

En nuestro país la doctrina no ha quedado al margen de esta novedosa corriente de pensamiento, lo cual nos permite la posibilidad de exponer, aunque sea brevemente, algunas de las opiniones más representativas que se preocupan por establecer el nacimiento de una nueva generación de derechos humanos, y que ponen el punto de partida precisamente en la solidaridad, estableciendo vínculos entre el derecho al medio ambiente y este principio o valor.

² BELLVER CAPELLA, V., *Ecología: de las razones a los hechos*, Granada: Eco-rama, 1994, p. 270.

³ V. g. explícitamente BALLESTEROS, J., 87; implícitamente Bellver 270 y ss.

Estos nuevos derechos, según palabras de Bellver, «pueden considerarse verdaderamente nuevos, no sólo porque hace veinte años ni siquiera se habían nombrado, sino, sobre todo, porque hasta hace pocos decenios no existían las condiciones para que el hombre pudiese estimar esas reivindicaciones entre sus necesidades básicas»⁴. Sin duda esas condiciones a las que se refiere Bellver versan sobre el grave deterioro medioambiental que ha sufrido paulatinamente nuestro entorno, derivado, principalmente, de un incesante crecimiento industrial indiscriminado sin pautas ético-ecológicas que sirvan de referencia para conservar el medio que nos sirve de morada y al que se ataca continuamente.

Estos derechos no procederían de la tradición individualista ni de la socialista, cuyos ideales constituyen el soporte doctrinal de los convencionales derechos humanos; nacerían de una preocupación universal por los problemas ecológicos que acucian al planeta. Al igual que en el pasado siglo los denominados derechos de la segunda generación surgieron de la necesidad a la igualdad y participación social, en contraposición con los primeros derechos humanos que se nutrían básicamente del derecho de propiedad de marcado carácter individualista, los derechos de la tercera generación se caracterizarían, según Bellver, por «la existencia de unas *preocupaciones* planetarias, que han adquirido un *carácter de urgencia*»⁵, según Jesús Ballesteros, por la preocupación «de las garantías ecológicas de los derechos económicos»⁶; para Pérez Luño, estos nuevos derechos se presentan como «respuesta al fenómeno de *liberties pollution*»⁷ a consecuencia de las nuevas tecnologías que, en palabras de Javier de Lucas, significaría que el valor guía de estos nuevos derechos sería la solidaridad, ya que «exigen para su realización la comunidad de esfuerzos»⁸.

Estos breves apuntes de lo que caracterizaría al derecho al medio ambiente como miembro de una nueva categoría de derechos humanos, según algunos autores, sólo es un ejemplo que evidencia la unanimidad respecto a la propuesta del principio de solidaridad como nota predominante de todo lo expuesto. De esta manera, la solidaridad

⁴ BELLVER V., cit., p. 272.

⁵ Loc. cit.

⁶ BALLESTEROS, J., *Ecologismo personalista*, Madrid: Tecnos, 1995, p. 87.

⁷ DE LUCAS, J., «El principio de solidaridad como fundamento del derecho al medio ambiente», en la Revista de Derecho Ambiental, N.º 12, p. 68.

⁸ Loc. cit.

representaría el armazón conceptual en que se apoya el fundamento de los nuevos derechos humanos en su tercera generación.

A mayor abundamiento, para Bellver⁹ algunas de las características de los nuevos derechos serían los siguientes:

«1. Son derechos que surgen de una preocupación planetaria, localizable en cualquier punto del mismo; ésta, sin embargo, reviste rasgos propios según se considere un país desarrollado o en vías de desarrollo.

2. Son derechos que, para su realización, requieren la colaboración de todos los agentes sociales. Por eso, no son una garantía frente a las intromisiones del Estado ni un título para demandar de aquél determinadas prestaciones, sino que son derechos y deberes al mismo tiempo. Muchos autores, sin embargo, se muestran cautelosos hacia su consideración como auténticos derechos; y así, para Rodríguez Paniagua, (resultan ser, más bien que derechos, aun en el caso de estar proclamados o recogidos en las Constituciones, enunciaciones programáticas, aspiraciones y, ante todo, obligaciones, en especial a cargo de los poderes públicos).

3. Es una manifestación de la plasticidad de los derechos humanos ante las exigencias sociales: (el mérito de esta categoría (los derechos humanos) consiste precisamente en su plasticidad, que le permite traducir aspiraciones que siempre exceden los límites de su inscripción jurídica)».

Todo el discurso de aquellos que abogan por el principio de solidaridad como fundamento del derecho al medio ambiente, trata de conectar dicho principio con el mencionado derecho. Para ello se utilizan las más diversas fórmulas, vinculando las necesidades y/o características del medio ambiente con el concepto de solidaridad que parece satisfacer las exigencias que se precisan para fundamentar el derecho al medio ambiente y, a su vez, conformar un Derecho positivo eficaz. Al respecto, Javier de Lucas considera necesario delimitar el concepto de medio ambiente para, después de exponer sus características, intentar conectarlo con el principio de solidaridad. Así, encuentra esta conexión en la definición restringida que realiza Martín Mateo de ambiente, considerando este término como un «conjunto de elementos naturales, caracterizado por tres notas: su titularidad común, el constituir bienes/intereses/valores, y su dimensión dinámica (constitutivos de un proceso,

⁹ BELLVER V., ob. cit., p. 273.

según subraya otras concepciones)». Especialmente encuentra esta conexión en dos características: «el que sean comunes o colectivos (...), y el que no quepa su consideración aislada, sino en relación de interdependencia entre sí y con el sistema que constituye elementos»¹⁰.

Siguiendo con la exposición de distintas opiniones que ponen en contacto la solidaridad con el derecho al medio ambiente, se puede citar a Jesús Ballesteros, para quien el desarrollo de los derechos de la tercera generación «exige solidaridad sincrónica con el resto del planeta, especialmente con el sur, más allá de los límites cerrados del Estado nacional, y de los bloques económicos, y también solidaridad diacrónica con las futuras generaciones»¹¹.

También Gregorio Peces-Barba estima que el valor solidaridad fundamenta ciertos derechos, entre los que se encuentra el relativo al medio ambiente. Este autor expone siete puntos que concretan, a su entender, el sentido del término solidaridad. Pero independientemente del interés de los otros seis, el punto que nos interesa señalar es el mencionado en quinto lugar y que sitúa a la solidaridad como fundamento del derecho al medio ambiente, entre otros¹².

A mayor abundamiento, Gregorio Peces-Barba resalta implícitamente el valor que representa la solidaridad como inspirador de los derechos de la tercera generación mediante las siguientes palabras: «Y en estos mismos tiempos que vivimos las exigencias de la solidaridad y los límites a la sociedad de bienestar que convierte al hombre en un lugar para el consumo, vaciándole su contenido humano y haciéndole presa del afán de poseer o dominar, propiedad de sus propiedades, como decía Mounier, alumbran nuevos derechos de los consumidores a no ser manipulados, (...), al aire limpio y al agua limpia, al medio ambiente, etc.»¹³.

Un sentimiento similar parece animar las palabras de Ara Pinilla cuando establece que «podemos caracterizar a nuestra época como

¹⁰ DE LUCAS J., ob. cit., pp. 54-55.

¹¹ BALLESTEROS, J., ob. cit., p. 88.

¹² PECES-BARBA, G., *Curso de derechos fundamentales*, (Y) Teoría general, Eudema, 1991, pp. 238 y ss.

¹³ Dato recogido en ARA PINILLA, *Las transformaciones de los derechos humanos*, Madrid: Tecnos, 1990, p. 159.

la de la tensión por ubicar dentro del concepto genérico de los derechos humanos a determinadas exigencias vinculadas al valor de la solidaridad cuya integración en las conciencias individuales que conforman el consenso social constituye sin duda un progreso considerable en la lucha del hombre por su emancipación»; sin embargo, a continuación destaca que el valor de la solidaridad como elemento clave para identificar y definir los derechos humanos de la tercera generación no debe suponer la sustitución de los valores de la libertad y de la igualdad como si éstos estuviesen ya superados ¹⁴.

Para Ara Pinilla se trata, en definitiva, de resaltar la primacía de la solidaridad tanto en el ámbito político como en el económico, sin renunciar a los valores de libertad e igualdad, y de situar dicho valor como fundamento de los derechos humanos de la tercera generación ¹⁵.

Para finalizar con esta breve exposición, se puede citar a José María Mardones que, aunque implícitamente, establece una relación causa-efecto entre el crecimiento material indefinido y el peligro que esto conlleva para conseguir un equilibrio natural del planeta. La solución a estos desfases creados por el desarrollo industrial indiscriminado, la encuentra en la dinámica del compartir, que significaría ser más solidarios para mejorar la situación de todos ¹⁶. Sin embargo, y como nota singular, este autor sitúa a la solidaridad en una dimensión cristiana y estima conveniente trasladar la versión bíblica de la solidaridad radical de todos los hombres, en la reflexión y en la conciencia moral de nuestro tiempo ¹⁷.

¹⁴ *Ibídem*, p. 158.

¹⁵ *Ibídem*, p. 157: «Se trata, en definitiva, de colocar en el primer plano, tanto en el ámbito estrictamente político como en el ámbito económico, a la solidaridad, entendida como valor que permite superar la secular contraposición entre la libertad y la igualdad y como fuente de justificación de los derechos humanos de la tercera generación, en la medida en que se coincide en admitir que estos derechos “pueden a la vez oponerse frente al Estado y exigirse de él aun cuando sólo pueden aplicarse a través de la acción solidaria de todos los actores de la escena social”, en definitiva, a través de una “redefinición de las relaciones” entre los individuos, la sociedad y el Estado».

¹⁶ MARDONES, J.M.^a, *Por una cultura de la solidaridad*, en cuadernos FyS, ed. Sol Terrae, 1994, p. 42.

¹⁷ *Ibídem*, p. 42: «Como nos dice la historia bíblica por el hecho de nacer humanos pertenecemos a la misma stirpe de hijos de Dios. Nacemos en una historia de desigualdad y de injusticia, es decir, fuera del paraíso. Esta situación

De todo lo expuesto con anterioridad, lo que aquí interesa resaltar es la incesante sensibilidad acerca de concebir la posibilidad del nacimiento de una nueva generación de derechos humanos, entre ellos el derecho a un medio ambiente adecuado, cuyo necesario reconocimiento y desarrollo se vincula, casi de forma unánime, al valor que representa la solidaridad.

Así, y por último, se puede deducir dos conclusiones muy generales de las opiniones que han quedado expuestas a lo largo de este apartado:

La primera conclusión que se puede establecer, se refiere a la existencia de una corriente doctrinal que no cesa de incorporar adeptos a sus postulados y que representa un sentir común, considerando como un hecho incuestionable el surgimiento de una nueva generación de derechos humanos, entre los que se encuentra el derecho al medio ambiente.

En segundo lugar podemos afirmar que, a pesar de los múltiples matices conceptuales que se pueden incluir dentro del término solidaridad, éste parece ser el valor o principio que informa al derecho al medio ambiente. Algunos de estos matices se pueden advertir en la breve exposición que se ha realizado sobre las opiniones de algunos autores que reflexionan sobre el tema aquí propuesto¹⁸; pero sin duda nuestro escueto análisis no refleja toda la variedad de significados susceptibles de ser manejados en torno al vocablo solidaridad. Por ello, y dada la necesidad de buscar y consensuar un significado que sea lo más aceptado universalmente con la finalidad de que no se discuta sobre conceptos distintos denominados con el mismo término, debemos ofrecer un estudio más exhaustivo de las variantes doctrinales que han forjado la idea de solidaridad, y sus diversos matices conceptuales a lo largo de la

de (pecado original) no nos hace culpables personalmente, pero sí responsables de esta historia. No querer se responsable de la situación del otro nos hace inmediatamente culpables: (He tomado postura: me he declarado insolvente, insolidario, frente a los otros; he negado mi condición de hijo y hermano y me he refugiado en el nicho de mi buena situación heredada o del privilegio actual del que disfruto... (La fe bíblica conduce directamente a implicarse y a hacerse prójimo de los demás, y en eso hace consistir la clave del (juicio a las naciones (parábola del juicio final: Mt. 25, 31-46)).

¹⁸ Así, por ejemplo, el matiz conceptual que mejor se puede apreciar en la exposición de este apartado sería la dimensión laica del término solidaridad, apuntado por JAVIER DE LUCAS y otros autores, y la dimensión cristiana que propone J.M. MARDONES.

historia. Todo ello, en aras de poder opinar con más propiedad sobre la solidaridad y sus implicaciones en el derecho al medio ambiente.

III. ESTUDIO EVOLUTIVO DEL CONCEPTO DE SOLIDARIDAD

Debido a la equivocidad del término solidaridad es necesario, como anteriormente se ha mencionado, indagar acerca de sus posibles significados y averiguar su verdadera identidad, si es que ello nos resulta posible. Este proceso, que ya advierto es de carácter histórico, evitará que tanto el anterior apartado como el que posteriormente nos ocupará, queden incompletos y sustancialmente vacíos; circunstancia que sucedería si debatiésemos acerca de la solidaridad, como fundamento al derecho al medio ambiente, sin el debido conocimiento de lo que significa dicho término.

En realidad, no se comienza a utilizar el término solidaridad con las implicaciones político-sociales que en la actualidad conocemos, hasta los comienzos de la Revolución francesa; sin embargo, conviene analizar el origen de su significado, ya que naturalmente éste no surgió de forma espontánea. Ha sido la evolución histórica, a la luz de múltiples postulados y corrientes doctrinales, la que ha configurado paulatinamente una idea, un concepto que no puede estudiarse asepticamente, sino desde su génesis hasta los fundamentos que han hecho posible su posterior desarrollo.

Para este análisis he tenido en cuenta especialmente los magníficos estudios realizados por Gregorio Peces-Barba y Javier de Lucas. Por ello, de ahora en adelante me remitiré a sus escritos, salvo en contadas cuestiones.

El punto de partida, respecto a los primeros pensamientos que parecen albergar un cierto concepto de solidaridad, se suele establecer en la cultura griega y más en concreto en Aristóteles con su doctrina de la *filia*; así se comienza a hablar de la amistad como el mayor bien de las ciudades, de la igualdad mutua, junto a una comunidad de empresas o quehaceres que supone un nosotros ¹⁹; la Grecia clásica

¹⁹ ARISTÓTELES, *Ética* 1155a y ss.; *Política*, III, 1280 a ss., citado por JAVIER DE LUCAS en ob. cit., p. 55.

ensalzaba la unidad de la ciudad, unidad que se vinculaba a la idea de la amistad. Sin embargo, estas ideas están más cercanas a una solidaridad cerrada que a la idea de una solidaridad universal, ya que el énfasis se establece en un grupo determinado (con características y quehaceres comunes) y en un espacio también delimitado (la ciudad).

Es en la era romana cuando se evidencia el surgimiento de una idea más universal de lo que debe de ser la noción de solidaridad. Principalmente se puede citar a Cicerón y a Séneca como baluartes de esta doctrina ²⁰, los cuales emplean conceptos como los de amor y unión entre los hombres, perspectivas de la amistad más o menos universales, compañerismo y hermandad, etc. Peces-Barba ²¹ propone una serie de características de lo que supondría la solidaridad, desde la similitud con el término hermandad utilizado por Séneca, para estos autores: amistad o amor que alcanza a todo género humano, un objetivo de comunidad o de unidad, un uso común de bienes y una ayuda mutua.

Posteriormente, y con el advenimiento del cristianismo, la religión va a ser artífice de la proclamación de cierto concepto de solidaridad universal. Pero esta solidaridad universal que predicaron los primeros Padres del cristianismo, se vio pronto truncada por el advenimiento de un fanatismo cerrado de los regidores cristianos que sucedieron a los de antaño; así, el que la solidaridad estuviese fundamentada en la autoridad de Dios ²² ha traído a la historia no

²⁰ «...La naturaleza nos ha hecho justos para ayudarnos mutuamente y unirnos todos en una asociación...» Cicerón en *De Legibus*, en el libro I-12 de la edición de JOSÉ GUILLÉN, *Sobre la República. Sobre las Leyes*, Madrid: Tecnos, 1986.

SÉNECA en las *Cartas Morales a Lucilio (Carta XLVIII: De la amistad)*, trad. de JAIME BOFILL y FERRO, Ediciones Orbis, Barcelona: Iberia, 1985, p. 106, 2.^a ed.: «La amistad establece entre nosotros comunidad de bienes: ninguna adversidad ni prosperidad afecta a uno sólo de los dos, puesto que tenemos una misma vida. No es posible que viva feliz quien no dirige sus ojos más que para sí mismo y todo lo refiere a la propia utilidad: si quieres vivir para ti mismo es menester que vivas para otro. La vigilancia diligente y fiel de esta hermandad que junta al hombre con el hombre y establece un derecho común en el linaje humano, ayuda mucho también a cultivar el íntimo compañerismo de amistad de que te hablaba, pues tendrá toda cosa común con el amigo quien tiene mucha con el hombre».

²¹ PECES-BARBA, G., ob. cit., p. 223.

²² «Amaos intensamente unos a otros pues habéis sido engendrados de un germen no corruptible, sino incorruptible por medio de la palabra de Dios viva y permanente...» (1.^a Epístola de San Pedro I-22-23) Dato recogido de PECES-BARBA, G., ob. cit., p. 224.

pocos problemas. Igualmente, y siempre que no se sea demasiado pretencioso con el concepto de solidaridad, se puede intuir cierto grado de interés supraindividual en la *pietas* de Santo Tomás cuando establece el deber de culto hacia los padres y la patria; aunque, como se puede apreciar, es un concepto muy restringido.

Ya en el Renacimiento, y aunque se sigue vinculado a las ideas de los antiguos, se empieza a conformar el germen de lo que será la dimensión de la solidaridad como principio jurídico-político. Las primeras respuestas a la colonización de América y a los derechos que correspondían a los nativos por su naturaleza humana, constituirán un acercamiento al concepto de solidaridad que en España fue defendido por Vitoria, Bartolomé de las Casas y fray Antonio de Montesinos, entre otros. En este caso las notas de solidaridad se centran en el amor al prójimo con independencia de su paganismo y en el trato que debía ser dispensado a los indios, acorde con el que quisiéramos para nosotros.

También en el Renacimiento se aglutina un grupo de pensadores, en esta ocasión laicos, con claros rasgos utópicos y que perfilan ciertas ideas que aportarán nuevos matices al significado de solidaridad. Tomás Moro y Campanella, entre otros, son insignes exponentes de esta corriente de pensamiento. Así, el primero defiende el espíritu fraternal que debe primar entre los miembros de la comunidad, desecha la propiedad privada y critica a los ricos. Campanella, por su parte, proclamará la necesidad del amor a la colectividad, hablará de la amistad, de la idea de que todos somos hermanos, en definitiva de la necesidad de ayudarnos unos a otros. En conclusión las características más relevantes que se pueden mencionar en torno a lo que podríamos llamar solidaridad en estos autores, se pueden resumir tal y como lo hace Peces-Barba ²³:

«a) La fraternidad deriva de una vida igual en comunidad, en la ayuda mutua, en la atenuación de las diferencias, en el ideal moral del rechazo de la cosificación de las personas.

b) Aparece la crítica de la propiedad privada y de los ricos y la defensa de los pobres.

c) Estamos en una situación de transición desde la cultura religiosa a la cultura laica, y en el siglo XVII se empieza a hablar de la filosofía y de la razón humanas como origen de la solidaridad.

²³ *Ibíd.*, pp. 225-226.

d) Se plantea una acción positiva del Derecho basada en la solidaridad, para resolver los problemas de miseria».

Pero el concepto de solidaridad iba a sufrir importantes cambios a raíz de la paulatina secularización de la ética y al giro radical en torno a los modelos económicos que hasta entonces estaban arraigados en la Edad Media. Este proceso culminará, en el S. XVIII, con uno de los máximos exponentes de la nueva mentalidad económica, Adam Smith, quien defiende el individualismo frente a la colectividad, ya que para éste el ámbito de la moral en nada influía a la economía que se nutría de sus propias leyes y mandatos; solamente se podía conseguir el bienestar social a través del bienestar de los individuos. Estas nociones insolidarias tendrán como máximo exponente a Malthus y su «parábola del banquete» donde expresa con toda claridad el concepto de insolidaridad.

Pero esta nueva corriente donde se proclama el interés propio, el egoísmo, la economía como mercado donde sólo compra el más fuerte, en definitiva la falta de consideración hacía los más desfavorecidos, va a suponer un punto de partida para que se comience a engendrar un movimiento contrario a estas posturas y que empezará a concebir nuevas doctrinas basadas en criterios solidarios; es decir, la insolidaridad proclamada favoreció el advenimiento de una revolución doctrinal que supuso un importante impulso para intentar instaurar en las estructuras sociales el espíritu de la solidaridad.

De esta revolución económica e intelectual surgirán ilustres voces que implícitamente aluden un sentir solidario. Así, Winstanley, Mably, Morrelly o Rousseau ²⁴ se preocuparon por establecer la aberración que podía suponer la propiedad privada como fundamento primordial, único y exclusivo de la economía social.

²⁴ ROUSSEAU dirá: «...El primero que habiendo cercado un terreno se preocupó de decir esto es mío y encontró gentes tan simples para creerle, fue el verdadero fundador de la sociedad civil. Cuántos crímenes, guerras, muertes, cuántas miserias y horrores hubiese ahorrado al género humano, el que arrancando los postes o rellenando el foso hubiera gritado a sus semejantes: «...Cuidado con escuchar a ese impostor... Estáis perdidos si olvidáis que los frutos son de todos y que la tierra no es de nadie...». Texto citado por PECES-BARBA en ob. cit., p. 230.

A partir de la proclamación de los primeros derechos humanos, basados primordialmente en la defensa del derecho de propiedad, surge una nueva etapa que trae consigo la aparición de algunos teóricos de la solidaridad, como los liberalistas Condorcet, Thomas Paine o J. S. Mill ²⁵. En esta época revolucionaria cabe destacar también la óptica solidaria del socialismo utópico, dentro del cual se encontraban los franceses Saint-Simon y Charles Fourier, y el galés Owen ²⁶. El primero intentó establecer normas éticas dirigidas a los industriales que regularan la convivencia en la nueva sociedad y que beneficiasen a los más desfavorecidos, aunque la propiedad privada era respetada en tanto que los individuos debían ser retribuidos según su capacidad. El segundo de ellos, Fourier, planteó una nueva sociedad basada en el cooperativismo aunque desde la diversidad que suponen los caracteres individuales; asimismo, Owen intentó sustituir la competencia individual por la cooperación social, circunstancia que intentó llevar a la práctica, aunque sin grandes éxitos. También en esta senda doctrinal se encuentra Auguste Comte, que define a la solidaridad como «consenso entre unidades semejantes que sólo puede ser asegurado por el sentimiento de cooperación que deriva necesariamente en la división del trabajo ²⁷».

Un poco antes, Kant ya apuntaba otros rasgos de lo que se puede señalar como solidaridad. Así, este autor formula el problema en términos de benevolencia, basada en la existencia de lazos comunes y ayuda mutua. También Hegel, con sus reflexiones acerca del *nosotros*, influirá en los pensadores posteriores como un reflejo de la solidaridad.

Otra línea que permite atisbar características de lo que se entiende por solidaridad, a pesar de que no aparezca explícitamente dicho

²⁵ THOMAS PAINE dirá que es «...propio de la piedad asociarse con la desgracia» (frase recogida del libro de PECES-BARBA, G., ob. cit., p. 230). Dicha aseveración es muy interesante ya que pone de manifiesto el espíritu de ayuda desinteresada que debe ofrecerse al prójimo y representa el grado de altruismo necesario para comenzar a hablar de solidaridad.

²⁶ Vid. SAINT-SIMON, C. H., *El sistema industrial*, trad. ALBERTO MÉNDEZ, (S.L.: Madrid), Revista de Trabajo, 1.975, XLIX (Serie Clásicos) y también *El catecismo político de los industriales*, Trad. Luis David de los Arcos, Barcelona: Orbis, 1986; FOURIER, CH., *Doctrina Social: (El Falansterio)*, trad. JOSÉ MÉNDEZ NOVELLA, Madrid: Júcar, 1980; OWEN, R., *Una nueva visión de la sociedad*, trad. ROBERT METTINI, Barcelona: Hacer, 1982.

²⁷ El entrecomillado es un dato recogido en de LUCAS, J., ob. cit., p. 55.

término, es la posición doctrinal apuntada por de Lucas, de obvia influencia darwinista, y que resulta interesante en grado sumo debido al origen naturalista que poseen sus planteamientos y por las implicaciones con el entorno natural que ello conlleva. Así, se puede citar a Herbert Spencer, cuyos postulados alcanzaron gran fama a mediados del siglo XIX, y que desde su perspectiva evolucionista-naturalista considera la evolución natural como la clave de toda la realidad. Otros autores que se adscriben a esta doctrina son, como expone Javier de Lucas, Espinas, Littré y Schäffle. Todos estos autores tienen en común que en sus postulados subyace cierto espíritu solidario que de Lucas resume, muy acertadamente, de la siguiente forma: «Del mismo modo que la Biología muestra la vida como dependencia recíproca de las partes de un organismo y establece una proporción directa entre el grado de interdependencia y el de perfección orgánica, la solidaridad (...) será la clave de la supervivencia del cuerpo social y de su evolución ²⁸».

El concepto de solidaridad, en su evolución, ya no sólo desde el valor ético o religioso que lo origina sino como valor jurídico-político que debe ser reconocido por el poder estatal y cristalizado en el sistema legal establecido, se verá nuevamente impulsado en el siglo XIX por la proclamación de los derechos de la segunda generación plasmados, principalmente, en el reconocimiento jurídico del principio de igualdad. En esta etapa el pensamiento socialista, con exponentes como Louis Blanc, y los anarquistas Proudhon y Kropotkin ²⁹, ofrecerá nuevas dimensiones del término solidaridad, desligadas del espíritu cristiano que hasta el momento lo imbuía, con claras identidades con el término caridad.

Es a finales del siglo XIX cuando emerge una figura que estudiará explícitamente el tema de la solidaridad. Se trata de Durkheim que considera el término como categoría científica. Será la solidaridad, dividida en Solidaridad Mecánica y Solidaridad Orgánica, el pilar sobre el que construya este autor su teoría acerca de la evolución

²⁸ DE LUCAS, J., ob. cit., pp. 55-56.

²⁹ Ambos personajes de pensamiento anarquista basaban sus propuestas en la ayuda mutua, especialmente Poitr Alexéveich Kropotkin quien, precisamente, denominó a una de sus obras *El apoyo mutuo: Un factor de la evolución* (Bilbao: Zero, 1978, 2.ª edición).

social y jurídica. Para Durkheim la solidaridad supone «un hecho social que consiste en el consenso espontáneo de las partes del todo social, una particular conexión entre individuo y sociedad que, como indica Moya, supone dos niveles: el psicosocial (vinculación entre las conciencias individuales y la conciencia colectiva), (y el estructural-funcional (vinculación entre la posición del individuo y el grupo: la estructura social supone una interacción real) ³⁰».

Otra perspectiva es la señalada por Max Weber, para quien la solidaridad «es la característica de aquellas relaciones sociales en que la acción de cada uno de los partícipes se imputa a todos los demás ³¹».

Ya en el siglo XX, el término solidaridad va a ser invocado a través de otros vocablos que serán utilizados para referirse al mismo concepto. Mauss preferirá utilizar la noción de cohesión, en analogía con la Biología y en alusión a la interacción mutua; posteriormente, Parsons pretenderá sustituir la solidaridad por la integración. Como dice de Lucas, «se trata de un proceso definido por la disponibilidad constante de la gran mayoría de los individuos de establecer, coordinar y unificar sus acciones, reduciendo el conflicto ³²». También Gurvitch seguirá la línea integrativa, utilizando términos como el de asociaciones igualitarias de colaboración en sustitución de solidaridad.

Pero, como acertadamente señala Javier de Lucas, los términos actuales que más implicaciones solidarias parecen tener son «cooperación» y «consenso». Este autor opina que la cooperación se podría definir como «la actividad común de varios sujetos para realizar intereses comunes, semejantes o complementarios ³³»; por otro lado, el consenso, en su sentido más moderno como sinónimo de solidaridad, se podría vincular a Habermas.

En nuestros días el concepto de solidaridad parece experimentar nuevos cambios, y así, por ejemplo, se intenta atribuir a la solidaridad un significado de valor supremo del Derecho, con lo que la

³⁰ DE LUCAS, J., ob. cit., p. 56.

³¹ *Ibidem*, p. 57.

³² *Ibidem*, p. 58.

³³ *Loc. cit.*, en donde cita como representantes de esta corriente a Maciver, Page y Recasens.

dimensión del concepto comienza a generar un nuevo sentido; esta circunstancia abre un nuevo horizonte hacia otras directrices a seguir por la solidaridad, sobre todo en lo que se refiere al derecho al medio ambiente.

Para nuestro propósito la solidaridad nos interesa, sobre todo, en su ámbito de acción como principio explicativo del derecho al medio ambiente, como valor relacional ³⁴, es decir, en el sentido más moderno atribuible al término. Sus implicaciones con el Derecho se dan, últimamente, con gran incidencia e intensidad en el campo de los derechos fundamentales; así, de Lucas comenta: «por lo que se refiere al ámbito jurídico, ha dejado de ser un elemento exclusivamente ligado al Derecho de obligaciones, para aparecer cada vez con más peso en la Teoría de los Derechos Humanos (aunque sólo sea en el plano de su fundamentación ética) y aun en el Derecho Constitucional. Ese es el marco, (...) donde cabe encontrar la relación entre principio de solidaridad y derecho al medio ambiente ³⁵».

Así, y después de este periplo por la historia del concepto de solidaridad, en donde se podían haber citado algunos otros aspectos de la solidaridad (como, por ejemplo, sus implicaciones literarias), conviene destacar algunas conclusiones:

Primeramente se debe mencionar la dificultad de llegar a un consenso, tal y como se propuso en un principio, que nos permita concebir un significado unívoco del término solidaridad; ello ocurre así debido a que el significado que adoptemos estará acorde con múltiples factores de índole político-social, cultural, educacional y espiritual. Se ha podido observar cómo la solidaridad alcanza dimensiones más o menos distantes unas de otras en estrecha dependencia: con el origen laico o religioso que se quiera ofrecer del vocablo; con sus implicaciones políticas, que no serán idénticas de aceptar los postulados doctrinales liberalistas o bien los socialistas; etc. Por ello, cada cual tendrá una opinión respecto al significado de la locución acorde con la doctrina que profese.

Una segunda conclusión se refiere a la necesaria existencia de ciertos contenidos básicos que debe poseer la idea de solidaridad,

³⁴ PECES-BARBA, G., ob. cit., pp. 221-222.

³⁵ DE LUCAS, J., ob. cit., p. 59.

con el fin de que los distintos significados que pretenden ofrecerse puedan pertenecer a su ámbito conceptual con independencia de los matices que se le puedan aplicar. Entre las características que harían considerar a una idea como susceptible de serle aplicado el adjetivo «solidaridad», pueden tenerse en consideración las siguientes: conciencia conjunta; acción conjunta; apoyo mutuo; respeto al prójimo, pese a las diferencias; ayuda desinteresada; etc.

Por último, se puede concluir con la nueva dimensión que en nuestros días parece alcanzar la solidaridad, cuyo significado se imbrica en el campo de los derechos fundamentales y más concretamente en la materia que ahora nos interesa, es decir, en el derecho al medio ambiente. Este nuevo avance en la noción de la solidaridad nos permite alcanzar nuestro objetivo de analizar los posibles riesgos que pueden existir a la hora de fundamentar el derecho al medio ambiente a través del principio de solidaridad.

IV. EL PELIGRO DE INCLUIR EL DERECHO AL MEDIO AMBIENTE EN EL CAMPO DE LOS DERECHOS FUNDAMENTALES DESDE EL PRINCIPIO QUE SUPUESTAMENTE LE INFORMA

Una vez descritas algunas de las corrientes que han esgrimido argumentos solidarios en sus postulados a lo largo de la historia, cabe acotar el campo del debate a aquellas nociones del presente que intentan fundamentar, mediante la solidaridad, el derecho al medio ambiente como derecho supremo. Posteriormente se deberán analizar los peligros que conlleva el designar a la solidaridad como horizonte, guía o paradigma, tanto del nacimiento del derecho al medio ambiente como del fundamento de su protección jurídica.

Cuando anteriormente se definió la solidaridad a través de la historia, se expusieron múltiples posibilidades doctrinales a las que acudir para definir el término. Sin duda estamos ante un vocablo en el que caben numerosos matices conceptuales aunque, como se señaló anteriormente, sólo nos interesa, para este propósito el que lo determina como principio precursor de una nueva generación de derechos. Así, nos vamos a centrar en el significado expuesto por

Javier de Lucas, y que es aceptado por algunos autores ³⁶ que tratan el tema de la solidaridad en relación con el medio ambiente en nuestro país. Para este autor, la solidaridad se puede definir «como la conciencia conjunta de derechos y obligaciones, que surgiría de la existencia de necesidades comunes, de similitudes (de reconocimiento de identidad), que preceden a las diferencias sin pretender su allanamiento» ³⁷.

En primer lugar hay que señalar que, a veces, la gran emotividad que produce todo discurso sobre el campo de los derechos fundamentales, hace soñar con situaciones sociales idílicas y casi siempre utópicas; el caso del derecho al medio ambiente como posible derecho fundamental no escapa a esas sensaciones ideales. La definición de solidaridad escogida para realizar la presente reflexión se debe, sobre todo, a nuestra proximidad geográfica con el autor y a la aceptación que parece haber tenido en nuestro país, y que precisa de algunas matizaciones que nos hacen discrepar de sus planteamientos.

Como cuestión previa, dicha definición carece de un mínimo componente físico-activo, desarrollándose solamente en el ámbito intelectual de la persona. Si de este texto dependiera, su desarrollo en las distintas sociedades sería casi completo y no encontraría demasiados obstáculos para su desarrollo. Sin embargo, considero la definición algo engañosa por dos circunstancias. Una primera, que estimo ha sido obviada deliberadamente por su autor, se refiere a que la solidaridad no es sólo conciencia conjunta, sino fundamentalmente, para ser efectiva y real, debe significar «acción conjunta»; y sucede que si una concienciación universal puede ser más o menos factible (aunque este supuesto no se da en la actualidad con la debida universalidad que requiere el problema ecológico), la acción conjunta se tropieza continuamente con una característica inherente al ser humano: el egoísmo, factor incompatible con la solidaridad.

No hace falta poner ejemplos tan lamentables como el acaecido en la antigua Yugoslavia, para darnos cuenta de que la solidaridad parte de unos pocos y casi siempre con un poder irrisorio si lo comparamos con otros poderes (sobre todo políticos) repletos de intereses espurios.

³⁶ BELLVER, V., ob. cit. p. 270.

³⁷ DE LUCAS, J., ob. cit., p. 55.

Es obvio que los desmanes producidos en aquel país se podrían haber evitado con una intervención severa de los grandes organismos internacionales; sin embargo, una mínima intervención, del todo insuficiente, parece satisfacer y justificar a los países miembros de la O.N.U., que supuestamente son garantes de los derechos humanos.

Por otro lado, la segunda circunstancia se refiere a la expresión «necesidades comunes». Es evidente que la solidaridad no puede basarse simplemente en necesidades comunes ya que implica un alto grado de egoísmo, es decir, «si mis necesidades son iguales que las tuyas, tendrás mi apoyo y lucharemos juntos, pero si no...». En mi opinión el concepto de solidaridad significa, ante todo, el **apoyo activo que toda persona debe prestar al prójimo siempre que considere la causa o empresa justa, sin que medie interés alguno y a costa de sus propios intereses** ³⁸. El problema que plantea esta definición es cual será la causa que se

³⁸ Debo destacar que, en mi opinión, la solidaridad cobra especial sentido dentro de las virtudes humanas, como principio ético, aunque, como dice PECES-BARBA (PECES-BARBA, G., *Curso de derechos fundamentales*, cit., p. 221), es conveniente dilucidar si dicha virtud está ubicada en una dimensión religiosa, vinculándola con la caridad, o por el contrario podemos afirmar su autonomía como principio laico. En mi opinión la solidaridad se compone de impulsos íntimos que pertenecen a la esfera de la moral o de la ética, sea ésta laica o religiosa; por lo tanto pertenecerá a una dimensión religiosa o laica con dependencia directa de las inclinaciones humanas particulares, sin que este hecho sea excluyente. Antes al contrario, ambas dimensiones son paralelas sin que se pueda afirmar la exclusividad de pertenencia a una dimensión u otra; en primer y último extremo es un principio que incumbe a toda persona, en términos universales, por definición. Si la titularidad de la solidaridad correspondiese exclusivamente a un determinado grupo social o religioso, en vez de hacer partícipe a toda la humanidad con independencia del grupo al que pertenezca, se podría plantear un problema acerca del nacimiento de una solidaridad cerrada y discriminatoria. Así, de Lucas en ob. cit., p. 59 comenta que «si lo decisivo de la solidaridad es la idea de comunión, de unidad, de reconocimiento de similitudes sin las que resulta imposible el afecto, la ayuda y el esfuerzo o sacrificio comunes, la insistencia en destacar esos rasgos comunes puede producir efectos perversos, desde la mera invención de los mismos hasta su hallazgo en la negación de rasgos (diferentes) y, por consiguiente, el recurso a la dialéctica *freund/feind* (SCHMITT). Esto es lo que encontramos en ROUSSEAU y, sobre todo, en HEGEL y permite la crítica de BERGSON, para quien esa versión de la solidaridad (la que aparece como vínculo estrecho en grupos cerrados) es errónea o al menos incompleta: en realidad no hay solidaridad en una sociedad cerrada,

entiende por justa, ¿quién valorará la justicia de la causa? Siempre habrá motivos que nos hagan desistir de prestar nuestra ayuda. En esta situación se encuentra, sin duda, el medio ambiente, cuyos problemas parecen importar a la humanidad siempre y cuando sus intereses más tangibles (aunque curiosamente no tan importantes) no sean agraviados.

El que el problema ecológico sea una causa que deba resolverse necesariamente de forma internacional y cuyos efectos inciden en la globalidad del planeta, no significa que la solidaridad deba fundamentarse en el deber de poseer una conciencia conjunta del problema, ya que ello implicaría únicamente el apoyo moral que en la mayoría de los casos, y más el que ahora nos atañe, deviene inútil si no va acompañado de la acción. Igualmente, el pensar que las necesidades comunes son el motor que alimenta dicha conciencia, sería tanto como decir que mientras el problema sea global la gente con su egoísmo inherente intentará aportar soluciones, pero cuando un determinado problema sea sectario y sólo perjudique a un grupo en concreto, el resto de la humanidad se podrá desentender del asunto, ya que la premisa de necesidad común no existiría, y por tanto no se faltaría al principio de solidaridad.

Por todo ello, es encomiable el esfuerzo y la paciencia, que tienen ciertas personas, en creer en la infinita bondad del ser humano, pero si ello fuera así, ni siquiera se hablaría de la defensa jurídica y coercitiva de unos intereses básicos que son necesarios para el desarrollo de la persona. El viejo aforismo que caracteriza al ser humano reza lo siguiente: «mientras no me toque a mí...»

La solidaridad constituye el valor más altruista ypreciado que puede poseer la humanidad; pero hoy en día, está lejos de reflejar las virtudes que en su conjunto se advierten en el ser humano. Por ello, en mi opinión, si el origen de una nueva generación de derechos fundamentales procede y a su vez depende de la solidaridad, el nacimiento de éstos estará viciado desde el principio, y su efectividad

pues, en todo caso, se trataría de una dimensión incompleta de la solidaridad, que no puede ser, simultáneamente, auténtica y excluyente: la solidaridad como motor, por ejemplo, del chauvinismo nacionalista o de la ley del silencio en un grupo criminal, correspondería, desde el punto de vista regulativo, a un planteamiento erróneo»

quedará relegada a un valor (la solidaridad) que todavía no se ha implantado en la sociedad. Habrá que buscar otros caminos que realmente aporten soluciones más definitivas y eficaces en aras de poner freno al deterioro ecológico producido por las acciones humanas.

Estimo que antes de aceptar la solidaridad como guía del problema ecológico que padecemos, hay que inculcar a la sociedad los ideales necesarios que hagan respetar nuestro entorno natural; y para ello, el único método consiste en *educar* a la humanidad bajo ese parámetro, prepararla a fin de que actúe de forma responsable en la administración de los biorrecursos, aunque todo lo dicho requerirá previamente una revisión estructural de los sistemas educativos. Una vez instruidas y aleccionadas las distintas sociedades (circunstancia complicada), la solidaridad ecológica brotará de la humanidad sin necesidad de utilizar el Derecho como medio regulador del problema medioambiental; al menos en las proporciones en que actualmente debería actuar el sistema jurídico.

Por ello, y en espera de las reestructuraciones institucionales y sociales necesarias para un mejor desarrollo humano desde el respeto debido al entorno natural, considero más eficaz centrarse en la protección del medio ambiente a través de un Derecho positivo exhaustivo y minucioso que regule las acciones dañinas y se abstraiga de intereses meramente económicos ³⁹. Por otra parte, considero que la discusión teórica sobre su inclusión como derecho fundamental es positiva; refleja, sobre todo, el impacto social que la crisis ecológica produce en las conciencias intelectuales; sin embargo, además de no considerar al derecho medioambiental como fundamental (en los términos acerca de su fundamento anteriormente expuestos, en los que más adelante se expondrán y en los que no interesan ahora) estimo que por su acuciante problemática es necesario satisfacer mucho antes otras demandas ecológicas ajenas a su categoría jurídica.

El nuevo valor que proclaman algunos autores como generador de un nuevo catálogo de derechos fundamentales es, ante todo, un

³⁹ Este planteamiento se incardina en la idea de un giro socio-político en el que la economía se subordine al ser humano y no al contrario, tal y como acontece hoy en día. Un nuevo horizonte doctrinal que rompa con la tradicional deuda histórica izquierda/derecha, será el único sistema político capaz de acoger un Derecho sin «peros» de carácter económicos.

deseo nada factible. La solidaridad, para estos autores, se presupone implantada en la conciencia conjunta de la humanidad; sin embargo, la actitud de esta última nos demuestra continuamente lo contrario.

Si la base sobre la que se intenta construir un nuevo derecho fundamental está viciada, o como en este caso es poco consistente, el futuro del mismo deviene incierto y lo que menos necesita el medio ambiente en estos momentos son soluciones, además de poco tangibles, poco fiables.

Así, los que piensan que la solidaridad es el principio de donde nace la nueva generación de derechos fundamentales, tendrán que esperar a que ésta sea real y efectiva en la conciencia humana y pueda cristalizar en acciones tangibles; no bastan las buenas intenciones. Hasta entonces no pueden nacer como vástagos del principio de solidaridad estos nuevos derechos, si no quieren ser engendrados por un valor inexistente, o al menos todavía minoritario.

Si, por otro lado, lo que se pretende invocando al principio de solidaridad es considerarlo como fin al que debe tender el Derecho medioambiental para su correcto desarrollo y sin el cual es imposible conseguir esto último, hay que señalar que debe buscarse otro fundamento ⁴⁰ más factible, que permita un desarrollo adecuado del medio ambiente, ante la ya explicada imposibilidad inmediata de poder acudir a la solidaridad para solucionar problemas de índole universal como es el caso que nos ocupa; si lo pretendido es aseverar que el fundamento del derecho a un ambiente sano ha surgido por la solidaridad existente debido a la concienciación planetaria del problema, hay que decir que, además de constituir un enunciado falaz, es inútil para lo que se pretende, es decir, para poner freno a los desmanes que acontecen en torno al medio ambiente por medio de una regulación jurídica efectiva. El fundamento de ésta no puede estar en la solidaridad, ya que este principio no existe como valor generalizado, sino en la ya mencionada educación que permitirá ver al ser humano (en su mayoría) la necesidad de no agredir al entorno

⁴⁰ En mi opinión, y como ya he esbozado a lo largo del escrito, el más adecuado sería la implantación de una conciencia ecológica mediante la educación. Sería la educación el principio más adecuado para frenar los desagrazos que se cometen en el entorno natural.

natural y también que hay múltiples factores eco-jurídicos que son susceptibles de ser regulados por el Derecho de una forma eficaz y que en estos momentos son secundarios y subyugados al factor capital; en cuanto exista una mentalización (política y social) del problema, será el factor capital quien dependa del bienestar ecológico.

En cuanto se instaure en la conciencia humana el respeto que se debe tener por la ecología, que en definitiva posee todos los elementos que conforman nuestro hogar ⁴¹, la regulación jurídica de aquellas acciones que vulneren ese respeto sólo servirá para evitar desmanes egoístas, que siempre existirán por la naturaleza que caracteriza al ser humano, pero sin duda las acciones agresivas contra el medio se verán considerablemente aminoradas ya que el «no dañar» será tan natural como ahora lo es el «dañar».

Pero el problema de la solidaridad como fundamento del derecho al medio ambiente (ya sea para proclamarlo como derecho fundamental o para cualquier otro tipo de fundamentación) no sólo se instaure en la variedad de matices conceptuales que se le pueda dar al término o en la dificultad de su implantación social. La contrariedad que definitivamente hace incompatible este principio con las posibles soluciones que se intenten dar en materia ecológica, está en el sujeto al que se dirige en todas sus distintas versiones doctrinales. Este otro aspecto que debe analizarse si se quiere apaciguar la actual relación ser humano/naturaleza, se refiere a la dimensión exclusivamente antropológica que se viene asignando al término solidaridad, y cuyos postulados son incompatibles con el actual deterioro ecológico. Con independencia del concepto que se maneje, la solidaridad, al menos hasta el momento, es considerada como exclusiva del hombre, en mi opinión por la creencia de que éste es capaz no sólo de recibir el mensaje del concepto en calidad de sujeto pasivo, sino que también tiene la facultad de ejercer como sujeto activo, cualidad que no se puede otorgar a los animales.

⁴¹ No hay que olvidar que Ecología es un término acuñado por el biólogo alemán ERNEST HAECKEL, y que utilizó para ello el vocablo griego *oikos* que significa CASA, en definitiva hogar. Según el libro de SERRANO MORENO, J.L., (*Ecología y Derecho*, Granada: Comares, 1992, p. 28), aparece por primera vez el término en 1868; según el libro de CLARKE, G.L., (*Elementos de ecología*, Trad. MIGUEL FUSTE, Barcelona: Omega, 1971, 4.ª ed.), esta aparición se produce en 1869.

Si la solidaridad que se proclama va dirigida exclusivamente a proteger los intereses humanos, es del todo incompatible con las necesidades planetarias, que no sólo se nutren de las humanas, sino también, y sin preferencias, del resto de la flora y fauna existente. Hay que añadir que, además y curiosamente, quien parece sobrar en el planeta es el ser humano, factor destructivo que genera todos los problemas que nosotros mismos intentamos superar. Pero todas estas consideraciones son susceptibles de diversas matizaciones.

En primer lugar, para que exista un equilibrio entre la naturaleza y el ser humano éste no sólo debe observar el problema medioambiental desde el agravio que se produce a sí mismo, sino desde una nueva perspectiva que le permita ser capaz de sentir como suyos los problemas del resto del planeta visto en su conjunto y cuyas partes deben ser consideradas por igual, por mucho que se tenga la profunda creencia de que el hombre es centro y fundamento del Universo ⁴². De esta manera la solidaridad tal y como se conceptúa en la actualidad, de forma íntegramente antropológica, carece de los elementos necesarios para satisfacer los propósitos de esta nueva perspectiva.

No cabe más que asombrarse cuando quien opina sobre el medio ambiente y proclama la solidaridad como paradigma salvador y conductor del problema ecológico, afirma, como lo hace de Lucas, «que resulta imposible comprender el punto de vista ecológico si no se adopta una posición no individualista, ni siquiera antropocéntrica, pero ello no significa suscribir los argumentos de quienes consideran que es necesario abandonar toda reflexión centrada en la especie humana como sujeto de valor y como único agente moral, como titular exclusivo de derechos y obligaciones ⁴³».

Dicho asombro surge de la contradicción que emana de las propias palabras expuestas por este autor. Si la solución pasa por aceptar una visión no antropocéntrica del problema, pero se sigue

⁴² A este respecto hay que señalar la postura doctrinal de la *Deep Ecology* cuyos representantes equiparan la especie humana con otras especies. Entre estos autores no falta quienes propugnan la eliminación de vidas humanas como circunstancia indispensable para la subsistencia de la vida en general (v.g. DEVALL y SESSIONS)

⁴³ DE LUCAS, J., ob. cit., p. 53.

teniendo al ser humano como único agente moral y titular exclusivo de derechos y obligaciones, ¿cómo es posible compatibilizar ambas premisas? La solución que propone de Lucas sigue basándose en el hombre y para ello utiliza una ética cuyo único destinatario es el ser humano; sin embargo, considero necesario acudir a una ética ecológica donde todo lo vital posee valor ético *per se*, para poder plantear soluciones válidas. ¿Cómo es posible pretender solucionar los problemas ecológicos teniendo como única referencia el bienestar humano? Esto significaría tanto como aseverar que el día en que se instauren técnicas que nos permitan vivir al margen de las demás especies, éstas estarán condenadas a su extinción por carecer de utilidades beneficiosas para el hombre, ya que por sí solas no poseen valor ético que nos haga desistir de su destrucción sistemática.

En la línea de una ética ecológica percibida desde la igualdad entre las especies se encuentra Tom Regan, quien establece dos condiciones para que una ética se pueda concebir como medioambiental: primero, que se reconozca la existencia de seres no humanos dotados de un valor moral; y segundo, que en ese conjunto no sólo se incluya a los conscientes sino también a algunos no conscientes. Dos son las objeciones que, según Bellver, recibe el planteamiento de Regan: «la de que no es posible fundar una ética sobre este principio; y la de que, aun siendo posible, no hay necesidad de hacerlo ⁴⁴». Sin entrar en otras consideraciones que excederían del tema aquí propuesto, conviene mencionar rápidamente los derechos que poseen algunas personas con graves deficiencias mentales (y a quienes se les considera inconscientes e incapaces) y que son tutelados, sin discusión alguna, por los Tribunales. Por tanto, no se puede hablar (hipócritamente) de que la consciencia es un obstáculo para la asignación de derechos al resto de seres, sino que se tiene que hablar del desprecio que se manifiesta hacia las demás especies al supeditar su existencia a las necesidades y gustos humanos.

Con estos planteamientos es muy complicado establecer un concepto de solidaridad que contenga elementos extraños al ser humano. Sin embargo, los problemas medioambientales sobrepasan a la persona y se instauran como dilemas colectivos; en ellos se basan los principios solidarios que proclaman numerosos autores, en un

⁴⁴ BELLVER, V., ob. cit., p. 144.

problema de índole universal que atañe al colectivo humano. Pero es más cierto que el medio ambiente tiene otros componentes suprahumanos, cuyos principios naturales son mucho más fuertes que los establecidos por los hombres. Vuelvo a incidir en el hecho de que una solidaridad basada exclusivamente en el hombre está abocada al fracaso en materia ecológica.

Por todo ello, y en el hipotético caso de que aceptásemos la solidaridad como principio fundamentador del derecho al medio ambiente, ésta tendría que concebirse dentro de una nueva dimensión del término: la ecológica. De otro modo, intuyo que las propuestas solidarias para la defensa de un medio ambiente sano y adecuado sólo se propugnarían para al disfrute del ser humano.

Realmente, cuando hablamos de la solidaridad aplicada al medio ambiente de la forma que tradicionalmente se preconiza, es decir, desde una perspectiva exclusivamente antropológica, ¿podemos afirmar sin rubor que se está hablando de solidaridad? ¿solidaridad con quién y para quién? Los que tienen opiniones únicamente antropocéntricas acerca del término solidaridad en materia ecológica, se olvidan de que la insolidaridad se basa en la discriminación por razón de sexo, de raza, de estatus social, etc. y en este caso se discrimina al resto de seres vivos por la pertenencia a determinada especie. ¿No se estarán esgrimiendo postulados insolidarios con la excusa de que el hombre es el único sujeto capaz de poseer derechos y obligaciones? Lo que sí se puede afirmar con rotundidad es que estamos ante una insolidaridad respecto al resto de pobladores no humanos del planeta.

Acertadamente, Tom Regan manifiesta que la discriminación estaría imbricada en la capacidad de sentir dolor⁴⁵, característica común a todos los seres, incluido el hombre, y el que no se tenga en cuenta indica el grado de solidaridad que es capaz de asumir el ser humano. Al respecto se pueden citar las manifestaciones de algunos conspicuos autores que se pueden considerar pioneros en este campo. Así, Schopenhauer⁴⁶ se expresaba con las siguientes palabras:

⁴⁵ *Ibidem*, p. 145.

⁴⁶ GARRIDO PEÑA, F. y otros autores, *Introducción a la Ecología política*, Granada: Comares, Colección Ecorama, Vol. 2, 1.993, p. 1.

«Siente en su interior que la diferencia que les separa de los demás y que al malo le parece un abismo, es debida a un fenómeno pasajero y engañoso; conoce inmediatamente y sin necesidad de emplear razonamiento alguno que el en sí de su propio fenómeno es también el de los demás, a saber: aquella **voluntad de vivir que constituye la esencia de todas las cosas y que vive en todas ellas y que se extiende a los animales y a toda la naturaleza** ⁴⁷ por lo que se abstendrá de atormentar a las mismas bestias».

En este sentido también podemos citar a J. Bentham ⁴⁸, quien enunciaba lo siguiente:

«Es probable que llegue el día en que el resto de la creación animal pueda adquirir aquellos derechos que jamás se le podrían haber negado a no ser por obra de la tiranía. Los franceses han descubierto ya que la negrura de la piel no es razón para que un ser humano haya de ser abandonado sin remisión al capricho de un torturador. **Quizá un día se llegue a reconocer que el número de patas, la vellosidad de la piel o la terminación del os sacrum, igualmente son razones insuficientes para dejar abandonado al mismo destino a un ser sensible.** ¿Qué ha de ser, si no, lo que trace el límite insuperable? ¿Es la facultad de la razón o quizá la del discurso? Pero un caballo o un perro adulto es, más allá de toda comparación, un animal más racional, y con el cual es más posible comunicarse, que un niño de un día, de una semana, e incluso de un mes. Y aún suponiendo que fuese de otra manera, ¿qué significaría eso?. **La cuestión no es si pueden razonar, o si pueden hablar, sino ¿pueden sufrir?** ⁴⁹».

En el espíritu de estos párrafos estaría la solidaridad ecológica, en la capacidad de sufrimiento de los seres con independencia de que sean o no humanos y, por ello, en la posibilidad de asunción de ciertos derechos. Su discriminación por falta de consciencia solamente puede concebirse como un acto insolidario. Ellos también tienen necesidad de espacio, de territorio diáfano de contaminación; en definitiva, de un bienestar medioambiental.

⁴⁷ La letra en negrita es mía.

⁴⁸ Cit. por LARA SÁNCHEZ, F.D., en el libro de GARRIDO PEÑA, F., ob. cit., pp. 166-167.

⁴⁹ Las letras en negrita de este párrafo son mías.

Una solidaridad exclusivamente antropológica defenderá la no contaminación de los ríos por las implicaciones alimenticias o salubres que pueden incidir sobre el ser humano, pero nunca tendrá en cuenta los elementos naturales que puedan destruirse si éstos son inservibles para el hombre. ¿Es ésta una actitud solidaria? La solidaridad estaría, más bien, en no contaminar las aguas por las incidencias tan negativas que produce en los seres que habitan en ellas y a su vez incidiría positivamente en la calidad de vida humana al conseguirse los mismos fines que en el presupuesto anterior; por tanto, ¿no será ésta una actitud más solidaria? En estos términos cabría establecer una solidaridad ecológica.

V. CONCLUSIONES

Una vez expuestos los tres puntos cardinales del tema que nos ocupa, es decir, la opinión de la doctrina española favorable a la inclusión del derecho al medio ambiente en el catálogo de los derechos humanos, y cuyo fundamento lo constituye el principio de solidaridad; descrito el proceso evolutivo del concepto de solidaridad, que nos permite tener una noción más válida acerca de su significado, para así poder manifestar con argumentos consistentes nuestra opinión sobre las posibles vinculaciones entre la solidaridad y un hipotético derecho al medio ambiente; manifestada nuestra opinión al respecto, y advertido de los posibles peligros que conlleva la afirmación de atribuir a la solidaridad el fundamento del derecho al medio ambiente, nos corresponde para finalizar, formular sucintamente las consideraciones finales sobre esta *vexata questio*.

Así, y para resumir nuestra posición ante el dilema solidaridad/medio ambiente, se puede extraer las siguientes conclusiones acerca de todo lo planteado con anterioridad:

1.^a) La solidaridad concebida como principio fundamentador del medio ambiente no es viable debido a su escasa incidencia en la sociedad, según los términos expuestos a lo largo del presente escrito.

2.^a) Suponiendo que alguien fuese capaz de demostrar que la solidaridad es una realidad, o bien si algún día se dieran las premisas

para aceptar el asentamiento universal de la solidaridad en la conciencia humana, ésta no sería válida, ya que una solidaridad concebida a partir de principios antropocéntricos no es válida para fines ecológicos; al menos para solucionar la crisis medioambiental en las dimensiones actuales. La única solidaridad aceptable es la ecológica, es decir, orientada no a la exclusividad del hombre en particular, sino dirigida a todo el bienestar biótico en general, según los términos ya expuestos con anterioridad.

3.^a) Aún admitiendo la solidaridad ecológica como fundamento del derecho a un medio ambiente adecuado, basado en el respeto debido que el hombre tiene para con el resto de la naturaleza, la posibilidad de que se establezca en la mentalidad humana este tipo de sentir solidario está dentro de los postulados más utópicos que podemos imaginar, y por ello no es factible acudir a sus principios como salvadores de la crisis medioambiental si queremos acabar con los problemas coetáneos, los cuales requieren soluciones inmediatas y factibles. Si difícil se presenta implantar un sentimiento solidario entre los seres humanos, resultan inimaginables las dificultades que podemos encontrar si intentamos extrapolar dicho sentimiento al resto de seres que habitan el planeta.

4.^a) De todo lo dicho se desprende que no estamos de acuerdo con quienes proponen al principio de solidaridad como fundamento del derecho al medio ambiente. Por ello, las únicas posibilidades que se atisban como viables son: por un lado, implantar una *educación* ecológica que se instruya desde todos los ámbitos sociales e institucionales; y por otro, el desarrollo de una positivación jurídica más exhaustiva y precisa con mecanismos propios que puedan satisfacer las necesidades ecológicas mediante el Derecho ⁵⁰. Todo ello con el deseo de que en un futuro se cambien las estructuras político-sociales instaurando un nuevo paradigma político: el ecológico, aunque este será otro tema a debatir.

⁵⁰ En mi opinión, la solución más acertada sería la de crear una nueva jurisdicción que sólo conociese de procedimientos ecológicos. Los incesantes problemas medioambientales y la insuficiente solución que aportan las jurisdicciones actuales invitan a esta propuesta.